

Clara Levin

---

EL BOSQUE  
DE CENIZAS

ALFAGUARA  
  
SERIE ROJA

*A Paula Santamaría y Ana Cagnoni.  
A los habitantes de la Dragonera.*

## PRÓLOGO

### TIERRA DE CUEVAS

Los lobos volaron al Palacio de Siete Picos a la velocidad del viento, saltando con los cuartos traseros sobre la hierba rocallosa; la cola recta, el pelaje erizado, los ojos amarillo-dorados fijos en el destino. Desde hacía días olfateaban el aire de la frontera, buscándolos. Y acababan de descubrir su presencia en la sierra que constituía el límite con las Tierras de Más Allá. “Los Esperados”, como les decían en el Palacio, habían regresado al reino.

—Parece brócoli, desde acá —rio Petalla Siva en una cumbre de la sierra, mientras admiraba el valle reverdecido—. Son araucarias, unos árboles muy comunes en este lugar.

—¿Brócoli? —Adriel revoleó los ojos con acostumbrado desconcierto.

Abajo era primavera vehemente. Las araucarias motudas habían copado de verde vivo los valles de la quebrada en torno a un río serpentino de cauce plateado. Se llamaba “Río Final”, pero la joven no abrumó al muchachito con hitos y señales de una tierra que había abandonado siendo tan pequeño que no podía recordar.

Allí comenzaba el Reino de Los Nombres. En las barrancas de la quebrada, la vegetación raleaba, revelando lamparones oscuros: bocas de cavernas. Comenzaba un mundo calcáreo y húmedo de incontables cuevas: en los cerros, en las mesetas, en las planicies, incluso bajo tierra y bajo el único lago. Eran las venas de la tierra, tenían vida; albergaban murciélagos, lechuzas, ratas, arañas, serpientes, peces, camarones, zulitas. Tiempo atrás, también habían amparado a personas.

Y así como la tierra estaba colmada de grutas, sus habitantes estaban colmados de Nombres. Y esto que ocurría en las intrincadas profundidades de ambos tenía una única, Poderosa raíz.

Petalla Siva se apeó de su cabalgadura y se paró junto a Adriel, con los brazos en jarra. La brisa sopló entre su vestimenta mientras reconquistaba el paisaje con la mirada. Los recuerdos de su pasado, que habían sido impresiones lejanas desde el momento en que había partido del reino, ahora la abordaron en aluvión.

Y adentro de ella, levaron, como panes en el horno, sus Siete Nombres.

—El brócoli se parece al repollado, pero con flores comestibles —susurró, con la voz del recuerdo y la mirada hacia el futuro.

Para él todo era nuevo; para ella, familiar. Habían visto repollados por última vez en el Archipiélago de Talass hacía seis lunas.

Ella declaró que habían llegado al reino; él miró el horizonte, forzando los ojos.

—¿El palacio dónde está? —Su tono derrochó decepción, como si esta carencia del reino —la falta de un palacio a la vista— fuera culpa de su madre.

—Unos pasos más...

Él palmeó la grupa de su animal, que hociqueaba entre unas piedras donde asomaban briznas de pasto.

—Ya la oíste, peyún —musitó y se dejó caer sobre la hierba a pelar unas nueces y beber de la cuba.

Ella lo siguió. Extrajo de sus alforjas los restos del bagre de río que habían pescado la víspera.

Venían de un mundo remoto e incomparable, una zona de islas, glaciares y témpanos llamada Archipiélago de Talass, donde el día y la noche duraban dos estaciones completas y donde el mar regía las costumbres y los deseos de los hombres.

Las aves trompetearon en el cielo. Una sombra inmensa planeó en espiral sobre sus cabezas y una imponente águila azul aterrizó en una roca alta. La joven y el niño siguieron comiendo.

Habían arrancado la travesía hacía algunas lunas con el cruce del mar Talass, que separaba el Archipiélago de la Tierra Larga. En la mitad, se había desatado una tormenta de refucilos y ferocidad sin precedentes que habría acabado con ellos. Pero tres magníficas águilas habían amarrado sogas a los cabos de su balsa y, apretándolas en los picos, los habían acarreado al ras de las olas furiosas, a tierra firme. Esas águilas —de las cuales una los miraba sin parpadear desde la roca— provenían del Reino de Los Nombres. Habían recorrido el ancho y vasto mundo hasta encontrar a la joven, para llevarle un mensaje, y ahora los escoltaban al reino.

Las otras dos aves pegaron la vuelta entre las nubes. Jamás perdían de vista a Petalla Siva por una razón vital para Los Nombres: ella era la legítima heredera del trono, y un

día sería su Reina. La última águila en descender trajo en el pico afilado tres torcazas chillonas sujetas por el ala y las arrojó al alcance de las otras. El contingente entero se alimentó: personas, peyunes, águilas.

Tras ganar la costa, Petalla Siva y el niño habían atravesado las Tierras de Más Allá, legua por legua, bajo la guía de las tres sombras aladas, hasta llegar al punto donde se hallaban. La misma distancia habían recorrido en sentido inverso siete inviernos atrás cuando ella respondía a otro Nombre y él apenas gateaba, por lo que a él todo le parecía novedoso.

Durante el periplo, Adriel había admirado el horizonte sin costa, los cerros sin nieve, los arroyos caudalosos, la tierra oscura, las flores suaves coloridas, los árboles empinados desprezándose hacia el cielo y el pasto de tantos verdes como blancos tenía el hielo del Archipiélago. Iba boquiabierto.

Después de la refacción, hubo un ida y vuelta de graznidos entre las águilas. Petalla Siva, que poseía entre sus Siete Poderes el de escuchar y captaba la esencia de lo que comunicaban los animales por cualidades de sus voces, juntó apresuradamente las vituallas.

—Si nos damos prisa, llegaremos al palacio antes del atardecer —le dijo a Adriel.

Montó su peyún. Adriel abrió los ojos como platos y no perdió un instante. Se encaramó sobre el propio y lo hostigó barranca abajo, adelantándosele a ella y forzando la vista para ser el primero en descubrir Siete Picos.

Durante la travesía, ella le había revelado verdades del pasado que durante largo tiempo le habían sido ocultadas. Eran oriundos de Los Nombres, ella había huido con él tras

la muerte de sus padres originales, ella poseía Siete Nombres... También había comprendido que cada tierra era única. Adonde iban, las personas poseían entre Uno y Siete Nombres; cada Nombre les aportaba un Poder y surgía del roce profundo entre el Nombrado y el Nombrador. Los habitantes se pasaban la vida buscando averiguar sus propios Nombres, luego explorándolos, y era una tarea ardua y a menudo vana, ya que los Nombradores podían arrepentirse y jamás activar el Nombre dado...

Ante estas revelaciones, el niño había cambiado. Su rostro, que solía brillar con una sonrisa fresca como una catarata, se endureció, y, por las noches, se desvelaba. Había aprendido que otro Poder de su madre era engañar. Una noche mientras dormía, la cuestionó: “¿Cómo sabré cuándo dices la verdad?”, y aguardó, escrutándola en detalle, como si pensase que, con los Nombres dormidos, le respondería su voz genuina.

Descendieron la sierra del lado del Reino de Los Nombres. Adriel inhaló hondo; las araucarias destilaban un olor gentil. Las bestias también respiraban exageradamente, reconociendo el terruño.

Sin embargo, al pie del cerro, al adentrarse los primeros pasos en el valle, los peyunes piafaron abruptamente. Gruñeron, dieron coces, se enloquecieron. Los jinetes intentaron subyugarlos, pero a duras penas pudieron mantenerse montados.

—Temí una corrida desbocada a los establos del palacio —dijo ella, con esfuerzo—. ¡No esto!

Algo se desplazó al ras del suelo con un movimiento zigzagueante, errático, y generó un revuelo de hojas. Su animal pegó un brinco frenético y retrocedió a la falda del cerro.

—Serpientes deben de ser —aventuró ella.

Activó su Séptimo Poder, que portaba la capacidad de descubrir huellas, para identificar el peligro. A la vez, tironeó de las riendas. La bestia de Adriel estaba fuera de sí. Había trepado un trecho de la barranca y se alejaba del destino, otra vez sierra arriba. Petalla Siva arrancó una rama de árbol y fabricó una fusta.

—¡Vamos! ¡A Siete Picos! —los azuzó.

Los espoleó hasta dominarlos. Luego los enlazó con cuerdas sustraídas de la balsa. Adriel sudaba. No la elogió, pero había que verla, más pequeña que las alas abiertas de un águila, enderezar a las cabalgaduras.

Ella era la primera mujer Nombreense que había sido Nombrada Siete veces, más aún, la única que poseía más de un Nombre. La célebre pitonisa Eidora la había conocido a la hora en que sus padres le daban el Primer Nombre, que reciben todos los bebés, y “su cabeza calva se había erizado” (en palabras de esta) porque, al recibirlo, la beba había irradiado la inconfundible luz de los Reyes. Entonces, posesa de una de sus intuiciones agudas y arriesgadas, la pitonisa la había hecho Nombrar por los notables del reino, bajo el supuesto de que era varón.

Cuando Adriel había escuchado este relato por primera vez hacía una luna, mientras atravesaban las Tierras de Más Allá, había bromeado, no sin sorna:

—No es posible que una mujer que parece una niña tenga poderes.

—Gracias —había contestado ella, cortante, aunque por cierto era escasas dos cabezas más alta que el niño de ocho inviernos. Luego había condescendido—: Incluso un

bebé puede tener Poderes. Los Nombres quedan latentes adentro de él hasta que el Nombrador los activa en el curso de su vida; recién entonces el Nombrado se transforma, adquiriendo uso del Nombre y su Poder.

Las predicciones de la pitonisa Eidora habían resultado aciagamente certeras. Poco después, el reino había sucumbido ante el peor tirano de la historia, Hesat el Usurpador. Y, al cumplir los doce inviernos, la niña Nombrada había sabido convertirse en un instrumento clave para la Resistencia liderada por los Ancianos del reino. Así habían derrotado a Hesat.

Sin embargo y pese a la victoria, su madre, la niña dilecta, había huido del reino. Porque, al sucumbir, el tirano le había asestado un último golpe maestro: la había Nombrado con su propio e ignominioso Nombre, Hesat. Y así fue cómo ella había llegado al Archipiélago de Talass cargando con él en una cesta de yute.

Adriel había crecido en Polom, donde los lugareños lo llamaban Kril. Su madre había sido una servil centinela, había pretendido ser muda y, como allí nadie conocía su Nombre, solía responder a un silbido. Lo había criado, había sido su alimento y su camino, ni mejor ni peor que las otras madres del Archipiélago. Pero, con la llegada de las águilas azules a Polom, se había revelado la verdad. Ahora sabía quién era su madre y quién era él. Ella era Petalla Eda Wenia Leola Elamys Hesat Petalla Siva, futura Reina; él, un niño huérfano de sus primeros padres, que ni siquiera se llamaba Kril. De hecho, ella desconocía su Primer Nombre.

A partir de entonces, Adriel la trataba sin naturalidad; todo lo que había sido familiar se llenó de extrañeza.

Durante la travesía sobre las Tierras de Más Allá apenas le había hablado. Marchaba a unos pasos de distancia y prefería cantarle a su peyún. Por su parte, ella fue transformándose. A medida que se adentraron por el Mundo Conocido, comenzó a reemplazar por palabras los gestos con los que se comunicaba cuando pretendía ser muda y a mirarlo sin reserva.

Luego de doblegar a las cabalgaduras, Petalla Siva las calmó con arrullos y palmadas en el cuello. Sin embargo, por mucho que se estiró en todas direcciones sobre el lomo de su animal, no descubrió qué las había provocado. Era extraño; su Séptimo Poder de descubrir huellas era nuevo, pero había aprendido a usarlo, y siempre le arrojaba alguna pista. Ahora no encontraba la menor explicación de lo ocurrido. Guardó la fusta por precaución.

Reanudaron la marcha hacia el corazón del reino, pero los peyunes perdieron toda gallardía. Se les ablandaron los cuernos, bajaron los cuellos extendiéndolos en paralelo al suelo y avanzaron con pasos cortos, moviendo las orejas nerviosamente. Ella iba en silencio sin dejar de escrutar el suelo. Adriel la oteaba de soslayo.

—Ni una sola serpiente...

Ella asintió agriamente.

Al tiempo, el bosque se espesó. Petalla Siva exhaló un suspiro tembloroso. No era amante de los bosques, porque en uno había enfrentado al Usurpador y, todavía, siete inviernos más tarde, le daban pesadillas. Adriel hizo una mueca maliciosa.

—¿Frío o miedito, madre?

Ella dejó la vista fija adelante. Pensó en la pitonisa Eidora y respondió al desafío del niño resentido, con palabras prestadas.

—Se puede huir de algunas cosas, el resto hay que enfrentarlo.

Él insistió:

—¿Ya no eres más... Hesat?

Petalla Siva ahogó un gemido. Nadie pronunciaba ese Nombre.

Un águila azul graznó, las otras voltearon y lo miraron con ojos profundos como remolinos. El niño no comprendía los sufrimientos del pasado.

—Los Nombres no son huéspedes, son dueños. El Nombrado se parece a una gran morada; cuando llega un Nombre nuevo, los primeros se reubican en los aposentos del fondo —le explicó.

Adriel esquivó las miradas de las águilas. Ella se alejó unos pasos.

La aliviaba su Séptimo Nombre. Hubiese padecido que en el reino la llamaran con el anterior, el maldito, en especial cierto joven que esperaba rever pronto...

Sin embargo, “Petalla Siva” venía de la mano de la muerte de su Nombradora, Eidora. Era natural, una cosa no podía ser sin la otra jamás. Pero le hubiera gustado volver a verla, oírla pronunciar su Nombre.

## LOS ESPERADOS

**E**n los jardines del palacio de Siete Picos, en el corazón del reino, los lobos aullaron. Eran los vigías de un fuerte que no tenía mayor defensa que ellos y cuyas almenas apenas eran visitadas para contemplar el lago lindero.

Anciano Aponi los esperaba desde hacía días. Al oír los aullidos, interrumpió su tarea en lo alto de una escalera apoyada contra un muro del palacio. Detuvo en el aire la pequeña guadaña con la que podaba la enredadera, miró hacia el jardín donde los lobos acechaban y guardó el utensilio en la túnica. Tenía la barba más larga del reino, que enrolló alrededor de su brazo con una maniobra experta. Destrepó la escalera con el cuidado que exigía su edad.

La manada se reunió con él frente a un abrevadero.

—Al fin han regresado las águilas azules —les dijo a los lobos, observándolos refrescarse—. ¿Traen a la Futura Reina?

Los miró a los ojos pero no esperó su respuesta, naturalmente. Asumió que sí puesto que, de lo contrario, hubiesen llegado más rápido que los lobos ellas por aire. Entró por una cueva al palacio.

Los Picos estaba construido en el interior de una meseta calcárea, al igual que muchas viviendas del reino. Las cuevas, naturales a la tierra, se prestaban a ser convertidas en aposentos y salones, y estos, ubicados a diferentes alturas, estaban comunicados por túneles y rampas. Tres picos del palacio sobresalían; uno miraba al valle Pim y los otros, al lago que era el corazón geográfico del reino. Aquellas aguas había cruzado Petalla Siva sin respirar, de orilla a orilla, la noche en que se desencadenó la derrota del Usurpador del trono.

Aponi avisó a los Venerables Ancianos que las águilas azules ya volaban en cielos Nombrenses.

Él había liderado la Resistencia junto con la pitonisa Eidora durante los nueve inviernos en que el reino había estado sometido al tirano; ahora era el máximo consejero del joven Rey Adar. No se parecía a sus pares pomposos y contemplativos del Reino de Los Sabios que Petalla Siva había conocido: jamás hacía diagramas ni diagnósticos sino que pasaba buena parte de los días plantando, carpiendo y podando en lo alto de una escalera o colgado de un arnés en las barrancas de Los Picos. Decía que la jardinería y la reconstrucción del reino eran hazañas hermanas: “Hay que recortar los yuyos y guiar la planta”.

Esa misma tarde, a media distancia entre el palacio y la frontera con las Tierras de Más Allá, Petalla Siva y Adriel avistaron a los primeros habitantes Nombrenses. La población había quedado muy despojada tras la tiranía del Usurpador, especialmente de hombres; los sobrevivientes eran antiguos soldados de su ejército.

Los primeros que divisaron se movían como arañas, con arneses sobre la barranca de un cerro. Reparaban

viviendas. Petalla Siva le relató a Adriel que su familia había vivido en aquella zona en el Tiempo de Antes, previo a la ocupación.

—Nuestra cueva tenía dos bocas. Mi padre había reforzado la habitación de mi hermano y mía con piedras, para evitar que nos llovieran cascotes mientras dormíamos. Pero a veces... ¡llovían!

Un hombre parado sobre un voladizo de la ladera silbó de pronto. En seguida, otros se asomaron de las cuevas; uno tenía algo en la mano, acaso un ladrillo de adobe. Los señalaron. Petalla Siva alzó una mano tímida y las águilas azules batieron sus alas descomunales cerca de la ladera.

Camino adelante, vieron otros hombres y mujeres trabajando, niños en las huertas, niños jugando. Petalla Siva no reconoció ninguna cara porque los cruzaban de lejos. Pero aun si los hubiese visto de cerca, seguramente no habría podido reconocer a nadie del pasado; los niños habían nacido después de la victoria, y los hombres, antiguos soldados, eran como las viviendas, reconstrucciones, parecidos pero no iguales a como habían sido.

Pasaron una piara de cerdos en un majadal. A Adriel se le agrandaron los ojos como platos ante la novedad e imitó los guarridos de los machos hasta que le salieron perfectos.

Más tarde, el horizonte de Los Nombres se sonrosó, como el pelaje de los cerdos.

Al final de un cerro, la meseta del Palacio de Siete Picos surgió a la vista, cercana y soberana. Petalla Siva y Adriel dieron un grito ahogado en simultáneo, los peyunes relincharon. Las Siete banderas de todos los tiempos flameaban en las aristas de los picos sobre el perfil del cerro. “Siete

Picos” se llamaba. Siete banderas flameaban. Siete Nombres tenía la joven. Siete inviernos había durado su huida.

Ella sintió sudor frío en los sobacos, las manos y los pies, y se quedó inmóvil, sin poder avanzar.

Los lobos aullaron desde los jardines del palacio, como advirtiéndoles que era imposible volver atrás.

—¿Por qué nos detenemos? —le preguntó Adriel a su madre, sin despegar de las banderas la mirada brillante.

Ella masculló algo incomprensible. Las águilas azules graznaron, circularon las cabezas de “Los Esperados” y se precipitaron hacia el fuerte.

—¡Vamos! Si te quedas ahí, nos ganará el otoño —se burló el muchachito.

En Los Picos, Anciano Aponi descendió al valle Pim por una escalera tallada en la piedra de la ladera del palacio. Llevaba la extensa barba enroscada en la empuñadura del báculo, que, al ser del mismo color, parecía una extensión de su cuerpo o tercera pierna. Los lobos le pisaban los talones.

Otros Ancianos comenzaron a desfilar por las almenas superiores; un par se apostó en la gran puerta de entrada, que siempre permanecía abierta. Todos querían ver a la Futura Reina y saber si traía lo que se había llevado.

Petalla Siva divisó al Anciano. Haló las riendas y se apeó de su peyún al pie de la meseta.

El hombre llegó hasta ellos sin aspavientos; recién alzó la vista cuando los tuvo al alcance del brazo.

—Extraordinario —dijo, paseando la mirada de uno al otro—. Han regresado de las Tierras de Más Allá, de donde nadie ha vuelto ileso.

—No estamos ilesos, Aponi Tenumi —respondió ella con una sonrisa a medias, reservada y chueca.

Lo había reconocido. Ambos eran del pueblo Tenumi. Durante la tiranía del Usurpador, se habían refugiado del mismo lado de Los Lugares Profundos. Y aunque lo había visto contadas veces porque los Ancianos se recluían para tramar los planes de la Resistencia, al cumplir los doce inviernos, había sido él quien le había ordenado cruzar el lago de los Nombres sin respirar para Unirse a Adar, por entonces un desconocido joven Muhuel. Su rostro, de arrugas profundas como cicatrices, y su larga barba del color de las estalactitas le habían quedado grabados en el recuerdo. Aponi entornó los ojos y la miró, haciendo memoria. Ya no parecía una niña asustada; había perdido las facciones infantiles, se la veía sucia, desgñada, animalesca, los ojos moteados como dos leopardos y algo más: sus facciones —se hacía evidente cuando sonreía— se habían desencajado. Adriel levantó una ceja en señal de perplejidad pero Aponi comprendió que aquella perturbación de los rasgos era un estrago (el visible) del combate con el Susurrador.

—Tienes la cara que tienen los triunfos —dijo, al cabo, con amabilidad.

Adriel se irguió en la cabalgadura, esperando con impaciencia ser notado. Aponi volvió a pasear la mirada entre ambos.

—¡Y la pestilencia de un chiquero! —agregó, riendo estrepitosamente. La barba se zafó del báculo y se balanceó en el aire, aún enrulada.

Ella se miró la túnica andrajosa, las botas con costras de barro, las calzas llenas de abrojos, las manos mugrientas con uñas azabaches. Luego apuntó al niño y amplió la sonrisa:

—Él luce peor —exclamó.

El Anciano estiró las manos con los dedos abiertos y ella aceptó el saludo, apoyando las yemas de sus dedos sobre las de él. Las mejillas se le arrebolaron por aquel honroso recibimiento.

Adriel permaneció impasible, sin comprender las costumbres ni el humor Nombrenses, y Aponi le echó miradas fugaces en silencio, como algo que uno codicia y no se anima a tocar.

—Todavía me sorprenden tú y Eidora. Pero no cabe duda alguna... A través del polvo del viaje, se perciben tus Siete Nombres.

—Soy Petalla Siva, ahora —asintió ella—. Y este —se volvió hacia Adriel, quien todavía no había pronunciado palabra— es el bebé que me llevé. Lo llamo Niño, porque desconozco su Primer Nombre.

Aponi tragó saliva, aliviado, mas de inmediato sacudió la cabeza con énfasis, y su barba penduló de lado a lado.

—¡Debe saberlo! —se indignó. Apuntó su báculo hacia al palacio—. Mi memoria falla, pero les preguntaremos a las antiguas cuidadoras del templo.

A ella se le iluminaron los ojos. Las antiguas cuidadoras habían conocido a Adriel brevemente. Pero, además, ella había crecido junto a esas mujeres los nueve inviernos en las cuevas subterráneas. De hecho, vería a su madre...

Tomó las riendas y caminó a la par del Anciano, conteniéndose para no apurar el paso. Adriel los seguía, con furia en la mirada porque Aponi aún no le hablaba.

Pero no llegarían tan deprisa porque el peyún de Adriel volvió a retardarlos. Como había ocurrido al pie de la sierra, de golpe pifó y dio respingos y coces en la tierra. Alrededor,

la hierba y las flores temblaron violentamente y se tumbaron hacia un costado. El animal se empacó, no quería avanzar al corazón del reino.

—Otra vez, no. Vamos —lo azuzó ella, tironeando de las bridas—. Dirán que yo no domino ni a un peyún.

El Anciano se rio por lo bajo. Con el báculo, palmeó a un lobo. Seguido, la jauría se colocó a la cola de los peyunes y, a fuerza de gruñidos, los forzaron a avanzar a regañadientes al palacio. Ella caminó, mirando hacia atrás con el Séptimo Poder encendido, que insólitamente no arrojaba pistas útiles sobre lo que asustaba a los peyunes.

—Les darías menos miedo, Petalla Siva.

—¿Miedo, Anciano Aponi? —preguntó ella, dándole su atención.

El pasado líder de la resistencia Nombrense asintió.

—Nunca ha habido una Reina antes... Algunos sospechan que no eres solo una mujer. Imaginan que eres un ser poderoso, con cara de mujer.

Petalla Siva iba a protestar, pero él miraba el suelo en derredor, como si buscara descubrir algo invisible a los ojos, y continuó hablando.

—Por desgracia, nadie se sorprenderá por el arrebato del peyún. Desde hace un par de lunas, todos los animales del reino están nerviosos y cobardes. Como ratones.

Ella arqueó las cejas con sorpresa pero no tuvo nada para aportar.

Mientras las bestias marchaban, todavía inquietas, se les acercó otro Anciano. Tenía una joroba al igual que muchos sobrevivientes que habían vivido bajo tierra. Torció la cabeza hacia arriba y miró a Petalla Siva como si fuera una aparición en un sueño.

—Es Teluo Muhuel —dijo Aponi—. Y ella... —suspiró al unísono con el otro—, la Futura Reina.

—Anciano Teluo —lo saludó ella, estirando los dedos.

Teluo ojeó a Adriel por el rabillo del ojo mientras la saludaba; intentó disimularlo, pero a cada instante se le escapaba la mirada. Aponi le informó: el niño desconocía su Primer Nombre. Teluo exhaló largamente, puesto que en efecto era el niño anhelado, pero en seguida se llevó una mano a la boca.

—No puede ser. Vive en su propia sombra —exclamó.

Adriel revoleó los ojos. Se lanzó del peyún de un salto (como era su costumbre, pero los Ancianos contuvieron la respiración, como si fuera un tesoro en peligro de hacerse añicos) y, rompiendo esa situación en la que hablaban de él pero no a él, habló. Sus palabras salieron con un exagerado acento polomeño, que de por sí era cerrado en relación con el Nombrense.

—Soy Kril. Yo no necesito otros nombres.

Los Ancianos dieron un respingo, habían entendido pese al acento. Se hizo un silencio.

Aponi alzó el báculo y con la punta le tocó un hombro al niño. El peyún se asustó.

—En tu sangre corren Nombres, muchacho. Porque este reino es de piedra caliza y de Nombres. No tienes opción. —Giró sobre sus talones y encaró hacia el palacio—. Y si tienes suerte, tu Segundo Nombre te dará el Poder de ser agradecido.

Teluo y Petalla Siva se rieron con ganas y avanzaron detrás de Aponi, sin volver las caras a ver la reacción de Adriel.

Ante la escalinata de la barranca, Teluo pidió las riendas de las cabalgaduras y se las llevó al manantial. Arriba, las almenas estaban atiborradas de curiosos.

Treparon hasta la gran puerta. Era tal como Petalla Siva la recordaba: una gigantesca boca de cueva en la montaña, donde los pasos resonaban como golpes de tambor. Adriel se detuvo bajo el umbral y asomó celosamente la cabeza. En el Archipiélago había pasado la enorme parte de los Días a la intemperie y en su pequeña vivienda; no solo jamás había visto un palacio sino que sus costumbres le decían que los cerros eran para trepar y no para vivir dentro. Luego dobló el cuello hacia atrás y avanzó con la boca medio abierta, contemplando a su paso las insignias labradas en el arco abovedado. Para impresionarse no era requisito ser o sentirse Nombrense.

Petalla Siva usó el Poder de su Primer Nombre e inspiró a fondo el aire del palacio. Sus pulmones se estremecieron y sus Siete Nombres –Petalla Eda Wenia Leola Elamys Hesat Petalla Siva– saltaron como resortes, avivados por una energía cuya bomba era el corazón del reino. En su cara de rasgos desencajados, sus ojos sonrieron. Supo que por fin había llegado al lugar que añoraba cuando había partido siete inviernos atrás... y que el lugar de partida y llegada fueran el mismo era confuso pero también real.

La gran entrada daba a un vestíbulo, donde la joven, sacudida por sus Nombres, prácticamente chocó con dos mujeres. Le dirigieron ojos húmedos y brillantes. Ella las miró sin verlas y asumió que una era su madre Surya, que tenía una estatura similar. No lo era, pero ambas la estrecharon entre sus brazos a la vez.

–¡Niña! –dijo una voz apretada por la emoción.

–No debes hablarle así. Recuerda que será Reina...

–Una segunda voz, de Atoka Tenumi, retó con excesivo volumen a la primera.

—Lawanda, Atoka... —las reconoció Petalla Siva.

Sus caras tenían arrugas más profundas que hacía siete inviernos.

—¡Mi niña! —repitió Lawanda, estrujándola fuerte.

Atoka la codeó, para hacerse espacio, y a la joven le confió al oído, aunque a voz en cuello:

—Yo estaba con la Suprema Pitonisa cuando te encargó el Séptimo Nombre. Pese a su salud frágil, se irguió esforzadamente en el catre y exclamó “¡Petalla Siva!” hacia la ventana abierta, con aquella voz grandiosa de los sermones en el Templo de las Columnas.

—El palacio vibró con tu Nombre —bromeó Lawanda—. Creo que lo hubieses oído en cualquier lugar del mundo aun si no poseyeses el Poder de escuchar.

Rieron. Petalla Siva se desenredó de sus brazos y buscó a Adriel, que había quedado rezagado y miraba a todos con rabia. Aponi intervino.

—Cuidadoras del Templo, ¿cómo se llamaba el bebé Tenumi que la Futura Reina se.... —Calló y señaló a Adriel.

Las mujeres le prestaron atención al muchachito, con miradas escuetas y tímidas. Lawanda incluso se arreboló. Mientras el Anciano explicaba que desconocía su Primer Nombre, por las caras de ambas desfiló la sorpresa, el entusiasmo, la esperanza y el espanto.

—No puede ser —vociferó Atoka, despechada.

Las dos estaban de acuerdo en que era una situación inadmisibile. Petalla Siva bajó la vista. Aponi volvió a preguntarles el Nombre, pacientemente.

—Iula —reveló Lawanda con emoción.

—¡Sí, Iula! —gritó Atoka.

—¿Iula? —repitió él, con acento Polomeño.

—Iula —afirmó su madre, con acento Nombrense.

El muchacho, a quien ella había Nombrado Adriel en su fuero íntimo pero a quien todos en Polom llamaban “Kril”, alzó la frente y la miró desafiante. No había querido irse del Archipiélago ni enterarse de que su madre no era quien era, ni mucho menos cambiar de nombre.

—Yo soy Kril para los que me conocen —insistió tajante y con acento Polomeño recargado.

Las mujeres dieron un paso atrás. Aponi lo escuchó con cara de piedra. Su madre hizo un rictus de resignación. Entonces él soltó una risa despreocupada y agregó con ligereza:

—Quiero decir que con “Kril” me basta. Les agradezco pero...

El antiguo jefe de la Resistencia soltó un suspiro de fastidio como desestimando la respuesta del muchacho, les pidió a las mujeres que los llevaran a sus aposentos y se excusó. Se abrían túneles en varias direcciones en los extremos del vestíbulo. Algunos subían, otros bajaban; en los más empinados se veían minúsculos trineos que se deslizaban por canales en la tierra. El muchachito miró desconcertado cómo todos le daban la espalda. Aponi se detuvo bajo el umbral de un túnel y giró ágilmente, como si hubiera un peligro.

—¿Iula? —llamó con urgencia.

—¿Sí? —respondió el muchachito.

El Anciano dio una risita triunfal al mismo tiempo que volvió a girar y se alejó túnel adentro. Las tres mujeres ocultaron sus sonrisas y Iula se ruborizó profundamente.

—Querrás saber tu Poder también —le dijo Lawanda—. Lamentablemente, no lo sabemos. Suele revelarse cuando

los niños crecen un poquito. Y tú —vaciló—, pues no estuviste aquí. Pero nosotras te cuidamos unos días. Cuando aún no sabías llamar a tu madre, podías gorjear y chirriar igual que cualquier ave...

—Nos divertimos contigo en estos jardines —gritó Atoka.

—Copiabas las piadas de los murciélagos machos tan exactamente que las hembras despertaban y salían a buscarlos con luz de día... —Lawanda sonrió—. Así que supusimos que tu Poder era...

Petalla Siva se adelantó a sus palabras.

—¡Imitar! —adivinó—. No cabe duda de que es su Poder.

Iula se llevó una mano al mentón e hizo memoria. En instantes, comprobó que imitar era lo más fácil del mundo. Y se ruborizó de un rojo aún más intenso, porque era tan imposible no responder al Nombre “Iula” como negar que, ahora que lo sabía, se sentía más cabalmente él mismo.

Las cuidadoras del templo los guiaron por los pasillos del palacio en el interior del cerro. Como la piedra era naturalmente ojosa, se habían aprovechado las aperturas, generando chorros oblicuos de aire y luz natural en los ambientes. Del vestíbulo salían los siete picos del palacio. Uno conducía a la puerta principal, que ya habían recorrido, otros incluían el comedor y la cocina, los aposentos del Rey, los aposentos generales, y los restantes, salones para diversos usos. Dos picos estaban en ruinas, tal como la joven había visto la última vez, tras ser destruidos por las catapultas del ejército del Usurpador en el combate liderado por Adar.

Palaciegos se habían congregado en el vestíbulo. Unos lo cruzaban con un propósito genuino o simulado, otros

sencillamente habían acudido a ver a Los Esperados. Todos tenían la vista cosida a ellos, pero nadie, ni siquiera los venerables Ancianos, sabían cómo recibir a una Futura Reina y al niño que habían creído era un tesoro perdido.

Petalla Siva giró en torno, absorbiendo las miradas. Mientras Atoka le contaba al muchachito qué había en la dirección de cada túnel, algunos la saludaron con un gesto de mano o una palabra tímida. Ella notó sus expresiones, que iban del recelo a la esperanza.

—¿Por qué me miran así? —les susurró a las Cuidadoras.

Atoka, que no oía del lado derecho, siguió caminando como si nada; en cambio Lawanda le respondió en voz baja.

—¿No lo imaginas?

La joven se quedó pensando. En eso, Atoka la tomó del brazo, ajena a la conversación.

—Por acá encontraremos los aposentos para ambos.

Iula iba detrás. Su recelo se había evaporado, quería recorrer hasta el túnel más oscuro del palacio. Pasaba los dedos por los muros de arenisca, reforzados con ladrillos de adobe y piedras. Estaban embellecidos con pinturas en óxido. Árboles y animales desconocidos para él, cuevas y hogueras que parecían tan reales que despegó la mano del muro.

Lawanda tomó la delantera en el túnel. Atoka se aparejó al muchachito y señaló, a medida que los cruzaban, los retratos de los Reyes del pasado y enumeró los Siete Nombres de cada uno.

Petalla Siva se rezagó. No tenía ojos para el palacio; buscaba a alguien entre las caras de las personas.

Los túneles se bifurcaban o desdoblaban en los rellanos. Los palaciegos los cruzaban y ella se separó del grupo

sin querer. Tomó un tiro a la izquierda cuando los otros no. Subió por un túnel trabajoso hasta encontrarse con un telón pesado, azul como las águilas. Acarició el material suntoso, no lo recordaba. Lo recorrió y halló una puerta cancel.

Entró en una habitación espaciosa, de lujo sencillo pero soberbio. Todo relucía. Las ventanas eran alargadas en forma de hoja o llama, y corría el aire de unas a otras. Las mismas formas lanceoladas ondulantes estaban replicadas en las molduras del cielo raso. El catre era el más amplio que hubiese visto, con un respaldo de hierro trabajado. Reparó en que lo flanqueaba una sola mesita provista con una lámpara de aceite. Al costado, sobre una tarima de piedra, se elevaba una cómoda con un aguamanil y un peine apoyados sobre un lienzo bordado; más allá, había un armario y, pegado a la entrada, un atril con una pluma y un rollo de pergamino. La joven estiró un brazo hacia el pomo del armario. Alguien tosió a su espalda.

—¡Lawanda!

—Petalla Siva. Me temo que nadie, fuera del Rey Adar, entra en sus aposentos privados —dijo con suavidad.

—Ah —exclamó la joven.

—Aunque siendo tú la legítima Reina, si realmente quisieras dormir aquí...

—No. ¡No!

Salió de los aposentos a zancadas y bajó el túnel, meneando la cabeza.

—De ninguna manera, soy una huésped aquí.

—¿Huésped? —Lawanda corrió el telón y se paró en lo alto como una estatua—. ¿Huésped? —repitió.

—Aquí están —vociferó Atoka, doblando hacia ellas.

Iula tenía la sonrisa franca de los viejos tiempos en el Archipiélago.

—Madre, en Los Picos hay jardines... ¡voladores! —exclamó con voz aguda.

Él se impresionaba ante cada flor porque no las había en Polom, pero esta vez incluso Petalla Siva alzó las cejas con curiosidad.

—Más bien, en el aire —aclaró Atoka—. Es la nueva obra de Anciano Aponi, que piensa mejor con la guadaña en la mano, según dice... Tendió cuerdas entre los árboles que van del palacio al lago y guió enredaderas floridas. Petalla Siva, ¿has elegido?

Iula estaba a unos pasos, examinando los aposentos. Lawanda llegó hasta ellos y sugirió, para la Futura Reina, la habitación de las águilas azules, donde había dormido en el pasado, con vista al jardín volador. Atoka objetó que el Rey Adar le había dado un portazo hacía seis inviernos y que desde entonces había permanecido cerrada.

—Es hora de desempolvarla, creo —repuso Lawanda. Luego encaró a Petalla Siva—. ¿O te provocará nuevas ganas de escabullirte?

Se refería a la huida de Petalla Siva por la ventana de esa misma habitación la víspera de su coronación. La joven detectó una traza ácida en sus palabras, usando su Poder de escuchar. Atoka soltó una risita nerviosa.

—La abrí fortuitamente mientras ustedes recorrían el palacio con Iula —contó la recién llegada, para asombro de las Cuidadoras del Templo, y agregó—: Necesitaré un plumero, pues está casi tan polvorienta como nosotros.

Las mujeres ablandaron sus expresiones y los guiaron.

—Esta es para ti —le dijo Atoka a Iula frente a una puerta. Luego apuntó a un águila azul pintada sobre otra—. La Futura Reina dormirá allí.

Iula le dio las gracias con la dicción Nombrense, que ya imitaba a la perfección.

En eso, unos hombres ruidosos les pasaron por al lado. Petalla Siva los siguió con la mirada, al igual que ellos a ella. Todo el mundo intentaba averiguar algo; ellos evaluaban si aquella joven tenía pasta de Reina y ella buscaba entre sus caras una que no aparecía.

Atoka le preguntó si precisaba algo. Ella respondió que no, pero agregó, con un murmullo que la cuidadora no pudo oír, que si el Rey Adar no salía en persona a recibirla, era un maleducado. El rostro de la mujer se ensombreció.

—Ya lo sé —exclamó—. Buscas a tu madre.

La joven percibió, con su Poder de escuchar, una miríada de alteraciones en esa voz.

—Mi niña...

—¿Está enferma? —se apuró a preguntar.

Atoka la miró con pena. Petalla Siva tragó saliva. Adivinó.

—¿Cuándo murió, Atoka?

—La Suprema Pitonisa la encomendó hace tres inviernos —intervino Lawanda.

La joven sintió una daga clavársele en el pecho. Todos sus Siete Poderes no le habían servido para saber lo más importante: que su madre había soltado el aliento.

—¿Cómo?

—¿Cómo? —La mujer vaciló—. Nadie lo sabe. Surya ayudaba con los niños nuevos. Una tarde fue a la clínica de Saomín por un bálsamo...

Lawanda explicó que este era un célebre curandero que había auxiliado a heridos del combate con el Susurrador, pero ella la interrumpió. Se acordaba perfectamente de Saomín; era capaz de hacer mucho bien y también mucho daño.

—¿Qué le pasó?

—Fue hallada sin vida en el suelo de la clínica. Un día saludable; al día siguiente muerta.

—¿Y Saomín?

—Habrá intentado revivirla, por supuesto. Pero ha desaparecido, su paradero es un enigma.

A Petalla Siva se le enturbió la mirada. Lawanda le acarició el cabello aunque estuviera enmarañado y tieso.

—La sangre de Surya está en los muros del Templo de las Columnas —le dijo, para darle consuelo.

—Bajaré después de lavarme.

—Eso le gustaría a tu madre —intentó bromear la otra, con tono suave. —Lo harás tú primero, mientras aseamos la pieza; luego el niño. Llenaré la tina.

En el vano de la puerta, Lawanda se volvió con la misma expresión de desconfianza con que le había preguntado si era una huésped en el palacio. Petalla Siva alzó la vista y comprendió.

—Me quedaré en Siete Picos —le aseguró—, el tiempo que sea necesaria y bienvenida.

Los ojos de la mujer se humedecieron.

—Huyó una niña que respiraba hondo, regresó la Primera Reina.